

TRES MIL TOROS VAN A MORIR

PRESAGIANDO la llegada de la primavera, los enmudecidos templos lúdicos del toreo abren el portón oscuro de los chiqueros para que el toro saque sus cuernos al sol. Como incubado por la larga noche invernal, de la sombra de los toriles sale el toro: con el pelo engrañado del invierno, pero de nuevo el toro. Después, tres mil toros más repetirán el rito, aunque, en definitiva, todos serán siempre el mismo toro, el toro único, el toro primordial. Un idéntico ritual, estructurado en tres tercios, se repetirá seis veces por tarde, y al menos seiscientos serán las corridas, siempre sucediéndose con los mismos gestos e idéntico protocolo. La temporada oficial se ha abierto con fuegos de artificio, estallidos que celebran con estrépito el retorno primaveral, en las fallas de Valencia; y la muerte del último toro coincidirá con la luz apagada del invierno, en esas estremecedoras corridas zaragozanas del público exigente y toros con las cinco hierbas muy sobradas. A buena parte de la sociedad española poco dicen ya las corridas. Para otros, su caminar hacia la plaza no es más que un rito cíclico de su ocio que empieza con la primavera; y además, no saben el «porqué». A veces, un visitante extranjero nos pregunta, impertinente: «¿Y esto lo presencia usted más de cincuenta veces todos los años?». Y a veces, nosotros mismos nos preguntamos por qué los españoles continuamos haciendo estas cosas.

Pretendo contestar, en lo posible, a este interrogante, ahora que la temporada anuncia con júbilo sus ferias. Me gustaría alejar de estas líneas todo prejuicio culturalista, cualquier intención dogmática. Entre los detractores de la fiesta han abundado unos y otros. Y a mí me han parecido casi siempre sospechosos inquisidores, pues no me extrañaría descubrir en Jovellanos un camuflado espectador de las pintorescas corridas del XVIII, y no miento al propagar que el Papa celebró el jubileo del año 1500 con unas muy célebres corridas vaticanas. Más cerca de nuestros días, también me causa perplejidad —y simpatía— una opinión dada por Pérez de Ayala. Decía que si fuese dictador de España prohibiría las corridas, pero que como no lo era, no pensaba perderse ni una. Todavía más enigmático me resulta el caso de Eugenio Noel, cronista antitaurino de las corridas a quien Rafael «El Gallo» le brindó un toro. En sus libros yo advierto una soterada pasión por las fiestas encubierta bajo su más explícita condena. En este sentido, Noel se asemeja al puritano libidino-

so, practicante oculto de la pasión que abiertamente denigra.

La verdad es que los intelectuales han solido mostrarse alérgicos a las diversiones y juegos populares. Pero bajo su altanera seriedad se ocultaba una triste miopía. De entre ellos, sólo los reproches de Quevedo me parecieron dignos y premonitorios, porque el poeta denunciaba el delirio de una corte imperial que había sustituido la realidad por el juego, dando la espalda a la historia y a un pueblo de desheredados, por mucho que en sus dominios casi no se pusiera el sol.

Yo prefiero, tal como están las cosas, declararme culpable. Soy culpable de amar apasionadamente el juego de los toros. Ahora que los diferentes medios narrativos compensan, mediante las aventuras de sus héroes de ficción, la burocrática vida cotidiana de los espectadores, y el espectáculo sustituye a la fiesta, haciendo posible, por ejemplo, que el espectador ame a la pro-

José Carlos Arévalo

tagonista del film a través del protagonista con quien se identifica, cuando la música —y el baile— es el último reducto que le queda al público para participar, me gusta ir a los toros, ver a un hombre al que le pasa, frente a un toro, algo que es verdad, y sentirme parte del coro protagonista, solidario y omnipotente.

Como esta declaración provocará posiblemente el escepticismo de algunos sobre la objetividad de estas líneas, que sintetizan los diferentes significados que el toro ha tenido para los pobladores peninsulares, me sirvo de las palabras del filósofo, con la ilusión de conjurar sus prejuicios: «... Hay hombres que, por falta de experiencia o por embotamiento de espíritu, se apartan de esos fenómenos como de "enfermedades populares", burlándose de ellas o lamentándolas, apoyados en el sentimiento de su propia salud: los pobres no sospechan, desde luego, qué color cadavérico y qué aire fantasmal ostenta precisamente esa "salud" cuya cuan-

do a su lado pasa rugiendo la vida ardiente de los entusiastas dionisiacos».

Toro inventado

Los taurinos de hace unos años no salían de su estupor cuando el zoólogo Sanz Egaña les dijo que el toro más bravo era el que más hufa, que el toro no ataca, sino que huye hacia delante. Animal de extremada hipersensibilidad defensiva y de parca reflexión —por algo es hervíboro, no cazador—, cualquier agente extraño que se plante en su camino es causa de su excitación. Domingo Ortega decía que los toros en el campo parecen siempre quietos, como adormecidos, pero que no es cierto. Si se tiene la paciencia de contemplarlos durante horas, podrá comprobarse que cambian constantemente de lugar y de abrigo, defendiendo su perfecto ensimismamiento ante las agresiones del viento, del sol o la lluvia.

La profunda decepción que las revelaciones de Sanz Egaña provocaron entre los taurinos era lógica, pues tiraba por los suelos el ser inventado que el toro ha creado para el toro. Valores como Bravo, Noble, Bronco, Resabiado, Reservón son cualidades extrínsecas al toro, apreciaciones superpuestas por la mirada del aficionado o por el comportamiento que, en función del toro, la bestia presenta a su matador. Decir qué tal toro es una «hermanita de la caridad» es una definición de cierto tipo de toro bastante clara para un taurino. Sin embargo, no puedo imaginarme cómo la encajaría un inglés. Para cualquier individuo de un país donde el toro es el macho de una especie que rumia su estupidez en las verdes praderas, que prodiga generosamente la carne o su capacidad reproductiva, la especie bovina es cuestión meramente zoológica. En la Península Ibérica, en México, en Perú, en Colombia, en el sur de Francia, el toro esencialmente es un ser inventado por las sensaciones que nos produce en el ruedo: violencia-peligro-muerte-misterio. Podríamos decir que éstas son cualidades genéricas de la especie y que el toro logra su

individuación al mostrar su distinto carácter a lo largo de la lidia. A mí siempre me ha parecido que la muerte de un toro bravo en el matadero —hablo como aficionado— es algo irreparable, funestamente frustrador. Bajo este punto de vista, el toro, ese animal hiperexcitable, siempre dispuesto a apretar el gatillo ante cualquier cosa que turbe su calma, tiene en el ruedo la posibilidad de dispararse. La lidia es para el toro el acto único de su vida, su historia definitiva, el juicio final, porque a la hora de la estocada ya ha dicho todo lo que tenía que decir. Así lo entiende el público de las corridas, y eso explica las inapelables broncas que recibe el torero cuando no ha sido capaz de sacar todo lo que el animal llevaba dentro.

Quizá el semblante impenetrable del toro haya posibilitado la tendencia que desde antiguo hemos tenido a prestarle una identidad a la que es ajeno en absoluto. La imposible comunicación entre la especie bovina y la humana hace posible la transustanciación del animal. Los hombres se identifican —así lo creen— con otras especies a través de signos que reconocen como propios o que les recuerdan algo.



El toro fue en diversas ocasiones la forma elegida por los dioses y los héroes para sus metamorfosis. Toro con cabeza humana, símbolo del dios lunar de Ur (año 2500 antes de J. C.).

Por eso se ríen con las gracias del mono, se estremecen con la húmeda mirada del perro y el pez les deja impasibles. En este

sentido, el toro es el rostro impenetrable, incomprensible. Su único acto comunicador es la embestida, que nos estremece. Y esto, con muy peculiares características, porque la lidia —la lid— más que combate, es una síntesis de combate, una esencialización de la lucha. Lejos del barroquismo que describe toda pélea —gritos, jadeos, llantos de impotencia, rugidos de triunfo—, el toro es un lenguaje silencioso, y su acción, pura geometría. Gregorio Corrochano definió el toro como el encuentro de dos líneas, una vertical —el torero— y otra horizontal —el toro—. Naturalmente se puede torear porque una de ellas tarda más en girar sobre sí misma que la otra, y así el torero se encuentra siempre en posición de continuar burlando la acometida del toro. Es significativo que un investigador tan elocuente como Cossío haya necesitado crear toda una geometría taurina para definir la infraestructura lingüística del toro. Por eso, el hecho taurino es la síntesis de un combate, a la par que un combate realmente sucedido, y de ahí nacen las posibilidades estéticas del toro: toda síntesis es siempre una representación. En la corrida, como en el carnaval, lo representado sucede de verdad a los actores. Esta paradoja de que la representación sea además una realidad, resulta lo más inquietante y estimulador. Orson Welles, que ha sabido ver muy sagazmente la corrida, dice que el torero es un actor al que le pasan cosas reales. Sin duda, el corpulento maestro se había dado cuenta de que la fascinación lúdica estriba en ▶

Lidlar es un arriesgado juego de ajedrez, y se goza cuando el movimiento de un peón nos descubre cómo va a ser la jugada. Antonio Bienvenida, en la corrida celebrada en San Sebastián de los Reyes el 27 de agosto de 1973.



TRES MIL TOROS VAN A MORIR

que el practicante de la ceremonia se convierte en otro sin dejar de ser el mismo. También el público, el presidente y hasta la plaza asumen el papel que, intangiblemente, el rito les asigna. La sensación de avanzar a través de lo imaginario nos lleva a pensar que la fiesta o la corrida han sido siempre un acto alucinado. Se trata de una ceremonia, compuesta de un ritual estrictamente cumplido, pero al igual que con los ritos de los viejos mitos olvidados, los participantes parecen desconocer el significado último de la representación y el papel exacto que juegan en la acción. Lo que ocurre es que el ensamblaje entre lo real y lo imaginario es tan perfecto, y la incrustación del juego tan admitida por la costumbre, que casi parece mentira, y muchos son los espectadores que pasan por la plaza sin enterarse. Pero en esta feria de significados puestos en danza por la embestida de la emoción, el público de los toros, el aficionado, el pueblo llano saben muy bien a lo que se juega y lo que van a buscar: a partir de la emoción provocada por el enfrentamiento del hombre a la bestia, el encuentro inflexible con el toro, que es la transmutación del peligro en emoción estética, acto de suprema conciliación, porque es la danza del caos —el toro— con la razón —el torero—, aparentemente fundidos en el mismo empeño.

Cuando el torero ha hecho su aparición en la lidia, el coro, hasta entonces solamente sometido a la tensión provocada por la situación hombre-peligro, contesta con esa palabra indefinible, el olé, cuya valor semántico desborda la serenidad apacible del lenguaje. Es un grito tan primitivo como culto. Anuncia la llegada del éxtasis y responde al torero. Se pronuncia espontánea y colectivamente. Convierte al espectador individualizado en parte solidaria del coro. Es una sola voz, pero de todos. Comenta el hallazgo jubiloso de haber encontrado un significado estético a una emoción primaria, irracional, la que sólo depende del peligro.

A estas alturas, varias preguntas: ¿cómo ha llegado el toro a ser, en la fiesta, la viviente metáfora del caos? ¿Quién ha inventado esta ceremonia, a la vez tan sutil y espontánea? ¿Por qué el primer silvestre combate que el hombre tuvo con el toro se ha transformado en un ritual excesivamente rico en refinamientos y significados?

El toro, entre la magia y el caos

El toro ha sido siempre otra cosa para los habitantes de la Península Ibérica. Ser benéfico y creador, su sola proximidad transmite los dones de la virilidad, el poder de la fecundación, la fertilidad. Y al mismo tiempo es emisor del caos, representante vivo del dios de la tempestad, portador del rayo que destruye. Poco, y nada articulado, sabemos de las religiones precristianas en Iberia. Pero los testimonios de las fiestas taurinas que nos quedan conectan misteriosa y asombrosamente con diferentes cultos que el toro tuvo en el Antiguo Mediterráneo y en Asia Menor. A veces, esas cruentes capeas descritas por Noel, donde el animal es sangrado y sacrificado por los mozos, nos recuerdan el antecedente lejano de algunos ritos ór-

gicos, como cuando Dioniso, huyendo de los Titanes, al fin convertido en toro, es cazado y despedazado, y al entregar Atena su corazón a Zeus, éste se lo traga, para que de él nazca el nuevo Dioniso, el cual revive en Zagreus, y el orden mitológico se restaura. Una costumbre practicada hasta no hace muchos años en las montañas de León, en la región llamada La Cabrera Baja, parece legítima heredera de la corte de Dioniso. Catarsis, posesión de los influjos mágicos de la naturaleza, liberación de todas las represiones mantenidas por el orden, cuyo feudo es el invierno y lo cotidiano, surge como de las entrañas de la tierra en plena orgía primaveral. «El día primero de Mayo, a toque de campana, reúnen los mozos y las mozas para bailar. Terminada la danza comienza una lucha sañuda, enconada y salvaje entre los mozos

por disputarse a las mozas; ajustados unos cuernos de buey sobre la frente, cubiertos con pieles, embistense furibundos en medio del regocijo de los espectadores, y terminada la lucha, mozos y mozas júnctanse por parejas y marchan a los pajares, donde duermen juntos hasta el uno de noviembre, día en que, a toque de campana, júnctanse de nuevo para bailar, separándose después». (1).

Alvarez de Miranda dice que «la máxima fuerza demostrada en el ejercicio de la lucha es inseparable del máximo vigor generativo; coraje e hipergeneralismo son fenómenos concomitantes e interdependientes. El disfrazarse de toros y la lucha taurina que precede a la unión con las jóvenes significa algo más que la garantía de los atributos físicos de los machos, y tienen el carácter de un rito mágico acrecentados por la potencia generativa».

Recientemente, el periodista taurino Alfonso Navalón hizo un viaje a los toros del vino —las capeas—, y observaba que en Extremadura, en pueblos vecinos a Plasencia, los mozos se untaban con la sangre del toro que habían sacrificado. Esta anécdota, que recuerda a antiguos ritos misteriosos asociados a la fertilidad que tienen su origen en Anatolia, sucedía cerca de los pueblos extremeños, en los que P. Hurtado sitúa la corrida del Toro Nupcial —aún practicada todos los años—. Se trata de un toro corrido por las calles del pueblo y lidiado por una cuadrilla capitaneada por el prometido de la novia. Frente a la casa de ésta, el toro muere sacrificado. Las banderillas están confeccionadas por la novia, y ésta es su participación en el rito. A lo largo de la corrida, el futuro esposo y su cuadrilla, por contacto con el toro, reciben todos los atributos de la virilidad que emana el toro.

Desde la cultura sumerio-semítica, que canta al dios Zu —dios de la tempestad— como «el gran toro, el supremo toro que recorre la región engendrando el grano y haciéndola fértil», hasta la mitología hispánica, recogida en cuentos y leyendas orales, el toro tiene el poder mágico que transmite la fertilidad. En la narración «El toro de Oro» obtenemos testimonio de la fuerza del toro que cura la esterilidad de la mujer, del mismo modo que Apis, dios.

La Iglesia española, que incluyó en su liturgia las libaciones táuricas, rechazó este ritual ya en el siglo II. El toro mítico se convirtió en toro lúdico. («Nuestra Señora de la Gleva», Museo Diocesano de Vich.)



(1) E. Casas Gaspar: «Costumbres españolas». Citado por Alvarez Miranda en «Ritos y juegos del toro» (Taurus).

toro, comunicaba por simpatía sus influjos fertilizantes a las jóvenes que ante él descubrían su vientre en Nilapolis —Egipto—, según cuenta Heródoto. A veces, la creencia permanece soterrada en ritos cristianos. J. Batlle, en «Los Goigs a Catalunya en lo Segle XVIII», describe la costumbre de las mujeres casadas que no han podido tener hijos y que visitaban a la Virgen de Nuria —Pirineo catalán— con el fin de conjurar su mal. Dicha Virgen está representada con un toro a sus pies.

La verdad es que el toro fue, en diversas ocasiones, la forma elegida por los dioses y los héroes para sus metamorfosis, como lo demuestra la sexual historia de Bata —mitología egipcia— y diversos mitos griegos. Las Suplicantes, nos dice Esquilo, eran hijas de Danao, del linaje que procede del cruce de Zeus con una novilla. En España, el poder mágico del toro provocará hasta el cambio de sexo. Espinosa, en su valiosísima antología de cuentos recogidos de la tradición oral española, transcribe la narración del «Oricuerno» como se la contaron en un pueblo de Cuenca. Es la historia de una mujer que huye de la justicia disfrazada de hombre. Como si fuera un hombre se casa con otra mujer que comparte su cama y su secreto. Cuando en un bosque la familia de la esposa trata de descubrir el verdadero sexo de la protagonista, el contacto inesperado de ésta con un toro salvador y mágico le entrega el definitivo sexo de hombre. Esta narración tiene una estructura similar al drama de la «Serrana de la Vera» —Vélez de Guevara—, sólo que en el cuento popular la magia del toro actúa como «Deus ex-machina» y, burlándose de la realidad, evita la tragedia. Estos testimonios, como el perdido rito de La Cabrera, parecen nostálgicos vestigios de una ancestral sociedad de cazadores al servicio de una estructura matriarcal.

La Edad Media testimonia la vigente creencia del toro como símbolo de fecundidad. Las corridas se legitiman, generalmente, cuando son corridas de bodas y forman parte del ritual pagano y consentido del acto nupcial. «Tú, que andas siempre en bodas/corriendo toros y vacas», le dice un pastor a otro en el «Auto Pastoral Castellano», de Gil Vicente. A pesar de que para los nobles el toro extrae su significado del papel que le toca jugar en el ri-



En el culto mitraico, la divinidad mayor de los persas, Mithras, asistido por un perro —la naturaleza dominada—, mata al toro clavándole un cuchillo, y de la sangre de bovino moribundo nacen los vegetales y el pan de la tierra que definitivamente serán para el hombre.

tual venatorio propio de la montería, la creencia en los poderes mágicos del toro se superpone y también les alcanza, como lo demuestran los toros nupciales que se corren durante las bodas de los reyes (por ejemplo, la boda de doña Urraca, hija de Alfonso VII, con don García VI de Navarra —León, 1144—), o las exenciones a las corridas nupciales que concedió el Fuero de Tudela, promulgado por Alfonso el Batallador en 1122. De la vitalidad de la creencia tenemos testimonio literario a través de la comedia de Lope, «Peribáñez o el Comendador de Ocaña». Alvarez de Miranda, a quien debemos una investigación reveladora sobre la magia del toro, cuenta que, incluso Fernando el Católico mandó preparar un plato condimentado con testículos de toro, para remediar las dificultades copulativas de su tardío matrimonio con Germana de Foix.

Hay capeas impresionantes que estremecen porque descubren la fuerza que anima a los ritos milenarios. No sé si aún se corre el toro de fuego de Medinaceli. Cossio, en su monumental enciclopedia taurina, transcribe la narración emocionante que hizo Corpus Barga de esta corrida nocturna, iluminada por cuatro simétricas hogueras y por los cuernos ardientes del toro. En la noche, la embestida alucinada del toro lleva a los hombres la amenaza misteriosa del rayo, artillero de la tempestad, símbolo de la gran incongruencia que es la agresión inexplicable de la naturaleza, capaz de arrasar con su fuego el orden humano. El toro de fuego se corre —o se corría— en Medinaceli, en Cariñena, en otros pueblos de Aragón y Castilla. Recuer-

da al dios-toro Adad, que en Babilonia y Asiria era el dios de la tempestad y el rayo, y nos trae a la memoria el estupor de los hombres ante la furia del volcán, o la insólita reacción de un racionalista tan notorio como Voltaire, que presentó su protesta más formal por el inexplicable e intolerable terremoto de Lisboa, suponemos que ante el más alto tribunal del cosmos. No sabemos cuáles eran los ritos del toro en el milenario anfiteatro de Termes (Soria) ni qué religiones trajeron los celtas y los iberos a la Península. Pero Cossio afirma que en la Península se conoció, de forma tardía, el culto de Mithras. Aunque su rigór investigador no concede ya una gran importancia a la cosmogonía de Mithras como precedente taurino, la aventura mitraica enlaza con el culto del toro, como dios fertilizador de las hembras y de los campos y como símbolo del caos que es la tierra antes de ser violada —cultivada— por el hombre.

Mithras, en la mitología indoirania, es el primer ser vivo creado por Jupiter-Oromades. Su aventura comienza combatiendo al sol, al que sometió, porque la luz es la fuente de la vida. Después se enfrentó al toro y le corrió por la montaña. Su lidia significa los trabajos del hombre, la posesión y explotación de la naturaleza. Cuando dominado el toro por Mithras, éste le introduce en la caverna de la montaña, el sol le manda a su emisario, el cuervo, que le indica que mate al toro. Asistido por un perro —la naturaleza dominada—, mata al toro clavándole un cuchillo, y de la sangre del bovino moribundo nacen los vegetales y el pan de la tierra que, definitivamente,

será para el hombre. El mito renovador cita al toro cuando llega la primavera, para reencarnar lo que un día, en el tiempo primordial, fue el origen de la vida (2).

En España, el toro como símbolo del caos ha perdurado, y su creencia subyace en ritos cristianos, como los toros de Misacantano, el toro de San Marcos o el toro de Pina. En el ritual del toro de San Marcos, prohibido en el siglo XVIII por Fernando VI, el toro es apartado por los mozos, es decir, aprehendido en estado salvaje, de incontrolada existencia, la víspera de San Marcos. Al día siguiente, enmaromado, se le conduce hasta el templo, donde, en primera posición, asiste al Santo Oficio. Según cuenta el Marqués de Piedras Albas, se decía que, durante la Misa, el toro trocaba su bravura salvaje en mansedumbre. Ciertamente, tanto la corte ilustrada de Fernando VI como Piedras Albas desconocían el profundo significado del rito. El templo, de acuerdo con la significación que, según Eliade, tiene en las religiones primitivas, es un «Axis Mundi, la ciudad y el templo sagrado es considerado como punto de encuentro del cielo con la tierra y el infierno». En el toro de San Marcos, celebrado en la provincia de Salamanca, los hombres traían al toro, símbolo viviente del caos, para que traspasara el umbral del universo sagrado, porque así la Misa se enriquecía con la consagración —la domesticación— del caos. «Todas esas regiones salvajes, incultas (en este caso representadas por el toro) están asimiladas al caos: participan todavía de la modalidad indiferenciada, informe, de antes de la creación. Por eso, cuando se toma posesión de un territorio así, es decir, cuando se lo empieza a explorar, se realizan ritos que repiten simbólicamente el acto de la creación...» (3). El toro enmaromado de San Marcos es el toro de Mithras, una ceremonia cristiana que sustituye a un rito más antiguo: vencido el toro en éste o consagrado en aquél, su sacrificio nos trae la victoria sobre el caos y el don de la fertilidad, que es el árbol de la vida. Con este mismo sentido se enmaromaba el toro de Pina

(2) La victoria sobre el monstruo, ya sea toro, dragón, serpiente de varias cabezas, proporciona, en la mitología, el ritual más explícito a los mitos de renovación y de origen (Indra, Hércules, Marduk, el faraón, etcétera).

(3) Mircea Eliade: «El mito del Eterno Retorno». El paréntesis es mío.

TRES MIL TOROS VAN A MORIR

(Zaragoza), que abría la procesión el día de San Juan, o el toro de Arnedo (Rioja), que en la procesión era corrido, primero por el cura y, después, por las autoridades locales. Parecido significado tienen los toros de Misacantano, que eran llevados a asistir a la primera Misa el día de fiestas.

Alvarez de Miranda recoge una leyenda de la «Historia Compostelana» que es el primer antecedente legendario que de esta costumbre tenemos en España: la prueba del toro que se hizo al obispo Ataúlfo, acusado de sodomía. El juicio del toro bravo tuvo valor de juicio de Dios. Después de decir Misa, el obispo se presentó al lugar del martirio y cuando el toro llegó ante él se convirtió en manso y lamio sus manos. Aunque, evidentemente, persiste la magia del toro —pues se trataba de un pecado sexual—, también se produce el milagro de ver el caos sometido al orden, consagrado por la santidad de Ataúlfo (los cronicones de esta leyenda datan de los siglos XII y XIII).

Tránsito del toro mítico al toro lúdico

Posiblemente mucho antes, pero con toda seguridad a partir del siglo XII, los significados míticos del toro conviven con otra concepción puramente lúdica, que comprende al animal como pieza venatoria de especiales características: el toro es el único animal que permite dilatar, cuanto se quiera, el sublime momento del disparo. La Iglesia española, que incluyó en su liturgia las libaciones táuricas, como actos de purificación, rechazó este ritual ya en el siglo II. Tanto los pastores vasco-navarros —primeros toreros a pie de que tiene noticia la historia— como los catalano-aragoneses y castellanos simultaneaban el consentido culto al toro con el juego y la destreza. Paulatinamente, el juego fue sustituyendo al rito y, a partir de «Las Partidas», de Alfonso X, los nobles dan al toro ancestral un destino que le resta todo su significado mágico: comparsa del ejercicio ecuestre.

Ello no impidió que en el campo —por ejemplo, en Casas del Monte, Hervás, La Zarza, Brozas, todos ellos pueblos extremeño-salmantinos— el toro mantenga su significación mítica hasta pleno siglo XX, concepción del toro muy similar a las creencias su-

merias que reconocían a los toros «una influencia benéfica, asociado al dios Sin, el dios lunar, señor de la energía procreadora», culto que se remonta a los tiempos bíblicos y que denuncia, por otra parte, el secular divorcio del campo español con la ciudad (4).

Los caballeros, es decir, los señores feudales, la nobleza, usufructuaron legalmente el monopolio de lidiar toros desde que Alfonso X prohibió las corridas populares, condenando con severos castigos a los matadores de toros, cuadrillas de profesionales que dirigían las capeas, las corridas votivas y de bodas, en la alta Edad Media. «Las Partidas» condenaron la infamia de cobrar dine-

(4) ¿Por qué perviven, en los pueblos, ritos que sin duda engarzan con las religiones precristianas de la Península Ibérica? ¿Se puede hablar de ahistoricidad de los pueblos españoles? ¿Por qué las castas, las culturas dominantes, las monarquías de nuestra historia han sido siempre extranjeras? ¿Se ha incluido la investigación antropológica como fuente dilucidadora de la cuestión española?

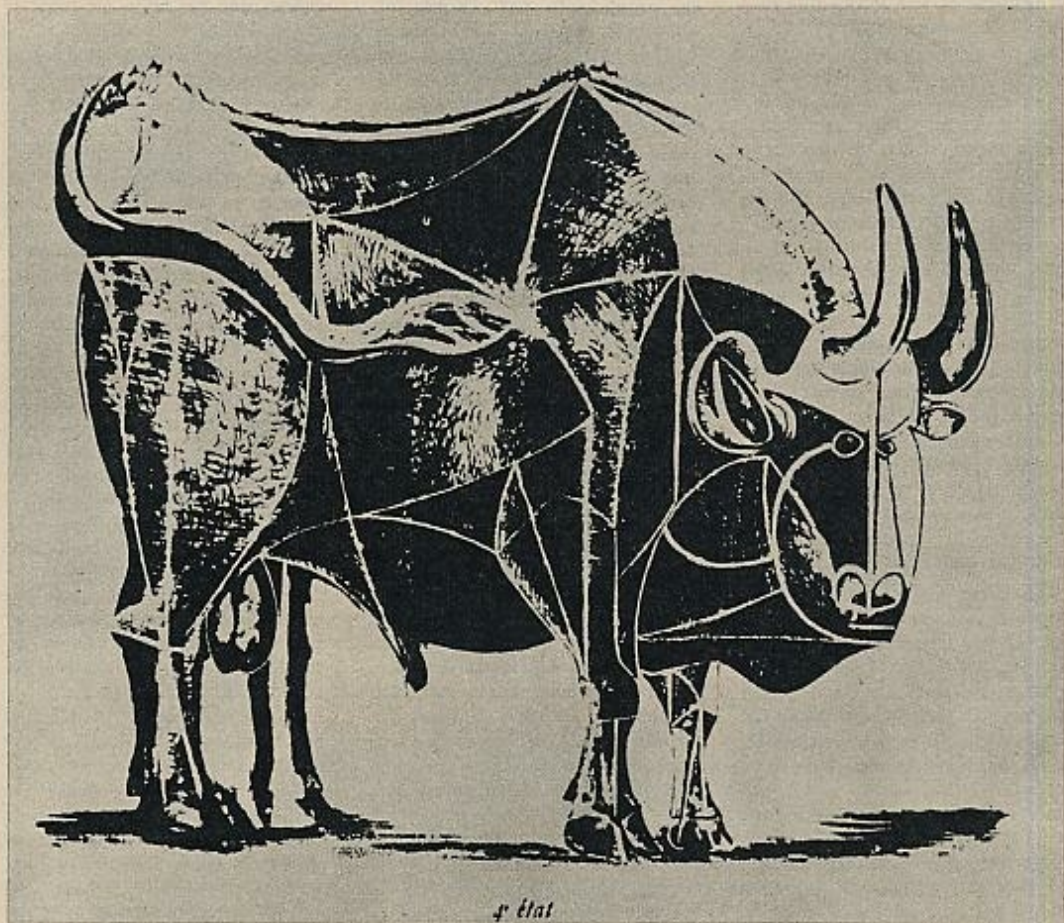
ro por lidiar reses, al tiempo que se estimuló su práctica entre los nobles que sólo lo hacían por ganar «prez de hombre valiente e esforzado».

La identidad del toro pierde todo su contenido ante el oponente nobiliario, porque la ideología aristocrática es fundamentalmente narcisista. Como todos los hombres que se han librado de la lucha por la vida —lo que diferencia al noble del burgués es que no necesita de la industria y del comercio, porque quien todo lo posee nada tiene que intercambiar—, el noble despliega su problemática vital en un universo abstracto. Lo mismo que los griegos crean, apoyados en el trabajo de los esclavos, la filosofía, el método del pensar, los caballeros inventan el honor, eje de un universo que transfiere su problemática vital fuera de la realidad. Martín de Riquer, en un ensayo muy sugerente sobre los auténticos «Caballeros Andantes Españoles» nos muestra cómo el caballero, para cumplir los votos de su «empre-

sa», concierta, con otro caballero, el torneo que deberá «conseguirle» honor. Contemplado desde la esfera de lo real, el trato caballeresco resulta extravagante, porque no enfrenta a los dos caballeros ningún motivo de contienda, competencia u odio. Y es necesario adentrarse en ese mundo imaginario, donde se estipulan las leyes del comercio honorífico —los capítulos de las Ordenes de Caballería son plato sabrosísimo para cualquier surrealista con sentido del humor— si se quiere saber de qué va la cosa. Incluso en las contiendas justicieras siempre queda la duda de si el caballero ha hecho justicia o acrecentado su acervo de honores.

La aventura por la aventura, lo lúdico por evasión de la realidad condena al héroe, porque destruye la identidad del contrario. Si la Guerra de Troya no hubiese tenido un motivo, Homero no habría escrito la «Iliada». Por eso, los cazadores no pasan a la historia, pero sí los guerreros. Todos los tratados nobiliarios del toreo son

El toro ha sido uno de los grandes motivos inspiradores de la obra de Picasso.





El toro como encarnación del caos se prolonga, con un sentido profano y subconsciente en el pueblo. («La corrida», grabado de Picasso, 1934.)

manuales sobre la destreza del jinete y ninguno describe en profundidad ese misterio que es el toro (5). Esta es una tarea reservada a los hombres que se enfrentan cara a cara con su acometida salvaje, que sin la defensa del caballo acometen la singular empresa de llegar al final del laberinto. El torero popular (que reivindica la lidia para el pueblo a finales del XVIII, que restituye la función del coro, entregando su liderazgo al pueblo, que delimita el terreno lúdico en un círculo —como los héroes del «Maharabata», del cual no se puede salir antes de que los actores hayan cumplido con sus obligaciones), sabe que el acto de la lidia es la dialéctica entre el mundo de la razón y la acometida del caos. Por eso crea tauromaquias —la de Pepe-Hillo es, realmente, la primera— que investigan el toro hasta donde puede llegar la lógica. Trazan la estructura de ese ajedrez laberíntico que es el toro, juego de la razón —el hombre— con el furor inexplicable del toro, que se celebra en un desnudo y simbólico escenario, representante del misterioso paisaje del infierno: la selva, que es el reino del caos. Es curioso comprobar cómo los toreros se niegan a aceptar que sus reglas terminan donde empieza el misterio. La razón se rebela y los toreros dicen que la cogida sucede cuando se equivoca el torero. Pero el quid de la cuestión —y el origen del miedo— está en las veces que se equivoca el toro.

El significado del toro como encarnación del caos se prolonga, con un sentido profano y subconsciente, en el pueblo y, actualmente, en el público de las corridas. Debemos pensar que en Madrid se corrían diariamente toros

(5) Lo que la corrida de toros moderna debe al aristocrático juego de alcanzar toros es la regla, heredada del toro, y la muerte del toro como explicación final del rito. En el XVIII hay una entrega de papeles que la nobleza, a espaldas del Rey, cede a los toreros del pueblo. Esta coyuntura histórica la explica muy sagazmente Fernando Villón en «Tauromaquia Racial».

por las calles, camino del matadero, hasta 1790, en que el rey prohibió estas espontáneas corridas, lo que era una invasión que la ciudad recibía diariamente de la bravura del toro. Durante el siglo XVIII y buena parte del XIX, el toro asume el papel del caos en las mojigangas taurinas que, con la categoría de novilladas, se celebraban a menudo en Madrid. Se trataban éstas de leyendas populares, de gestas heroicas, de comedias en boga, interpretadas en el ruedo. Representaban una acción dramática que se interrumpía por la irrupción insospechada del toro. A partir de ese momento, la acción dramática se convulsionaba, provocando un «happening», en el que los actores debían resolver la situación de acuerdo con el perfil dramático de sus personajes. La gracia estaba en ver cómo cumplía el actor con su papel o en advertir la contradicción del actor con su personaje ante la nueva situación provocada por el peligro. A veces, el Cid ponía pies en polvorosa y no se ponía en la cara del toro ni a palos. Hubo una mojiganga llamada «Una corrida en el infierno», en la que el Príncipe Luzbel fue paseado a hombros después de liquidar al toro de una certera estocada. Muy querida fue «La Pata de la Raposa», basada en el drama «La Fragua de Vulcano», y se puso en escena todos los años, como si se tratara de un «Tenorio» taurino. «El Diablo Cojuelo», «Don Quijote en las bodas de Camacho», «La Cueva de Fiebrabras», etcétera, son títulos que ilustran un insólito teatro popular, cuya ebullición coincide con el triunfo del teatro burgués en los escenarios y que no ha sido estudiado, que yo sepa, por ningún investigador del teatro español.

La corrida moderna y el rito tesálico

El día 27 de agosto del año 1973 se celebró en San Sebastián de

los Reyes, pueblo cercano a Madrid, el acto taurino más revelador en el que he participado. Aquella tarde descubrí por qué Teseo sintió tanta dicha cuando, al término del laberinto, dio muerte definitiva al Minotauro. La lidia laberíntica del monstruo, el triunfo del héroe sobre el horror que era la vida caótica del minotauro, quiso perpetuarse, y Teseo explicó la danza ritual que reencarna su aventura a los siete jóvenes y a las siete doncellas.

Ocurrió en el segundo toro de la corrida y su lidia correspondía a Antonio Bienvenida. Todo empezó cuando por el toril salió un toro extremeño de Miguel Higuero que, por sus cuernos recogidos y cornialtos, más parecía descendiente de una camada camarguesa. Sin que nadie supiera por qué, el maestro salió del burladero con aire de que el animal le caía en gracia. Lo cierto es que el toro no había entrado al burladero del primer cuadrante de la plaza, por lo que advertía ciertas reservas en la embestida. Antonio le probó en los medios y el toro pasó —lógico— rebrincando ligeramente. A partir de este momento, el torero nos indicó que su discurso se limitaría a plantear una adecuada estrategia en los diferentes terrenos, sin por ello renunciar al lucimiento. Así, citó al toro casi en el centro del ruedo, a favor de querencia —es decir, dando la salida a los toriles— y dejando al astado mucha plaza para salir del paso a contraquerencia, porque el toro, evidentemente, era de una cobarde bravuconería. Los lances salieron garbosos, sin obligar mucho, pero con tirón, pues el rápido garbo con que movió los brazos marcaba un gracioso contrapunto con la firme naturalidad de su figura. Fue como un suave saludo para que se enterara el toro de quién tenía delante, pero sin amedrentarle demasiado. El lance fue muy oportuno, porque Bienvenida, antes de torear, tiene cierto aire de gente bien, de buen burgués que puede y no quiere, que solivianta a la solanera y provoca un necio babeo entre los señoritos de la sombra. Hubo ovación, los ánimos estaban calmados y la lidia podía continuar sin impaciencias.

La lidia del toro se sucedió con una metodología cartesiana. La bruta embestida se dejaba llevar por los caminos que le marcaba el hombre. Pero todo era muy de guante blanco y ninguno de los

dos se había adueñado del otro. Detalle importante, porque en la plaza había poco público, estábamos los cabales, y la gente se enteraba.

El toro tomó la primera vara y el picador le tapó la salida en el encuentro. Bien, todos sabíamos a qué se jugaba. En la segunda y tercera, el lidiador ordenó cambiar los terrenos, y ya con ortodoxia, casi a favor de la querencia, el toro embistió a fondo, lo que el varilarguero, bien disciplinado, no aprovechó como ventaja. El tendido saboreaba, por lo insólito, la complicidad racional que Bienvenida proponía. Lidar es un arriesgado juego de ajedrez, y se goza cuando el movimiento de un peón nos descubre cómo va a ser la jugada.

Sin embargo, en el tercio de banderillas, el toro —que era flaco, alto de agujas, pero un toro con toda la barba— respondió esperando a los banderilleros que, con mucho mérito, tuvieron que provocar su embestida en los terrenos del cornúpeta.

La faena de muleta comenzó, por tanto, en la máxima incertidumbre. En los toros suele ocurrir que uno cree haber traspasado el umbral del laberinto, estar buscando el final con seguridad, y resulta que no, que el toro nos indica que la fiesta no ha empezado. Por eso el público, que se había arrebatado con aquellos lanceos a la verónica, dando pruebas de que podía ser un buen coru, estaba ahora desregado. Se escuchaban comentarios en voz alta, y aunque la tensión provocada por el respeto que se había ganado el toro era grande, hubo alguien que chilló al torero: «¡Vamos, que es para hoy!». El torero respondió con una sonrisa, pero con cierta inquietud: «Señores, me parece que no tenemos prisa». Y citó al filo de las tablas. Parecía que iba a pasar por alto al toro y que la fiesta continuaría igual. Pero los ayudados fueron fuertes. El torero, abierto de piernas, cargó la suerte y el toro se enteró, por fin, de que la lid iba en serio. Había aprendido a quebrarse y a continuar embistiendo. La plaza empezó a hervir y el bicho resoplaba.

Ya en los medios, Bienvenida citó con la derecha. Curiosamente, el toro, a pesar de su fuerte embestida, seguía sin entregarse, dudaba en la mitad del pase y anunciaba cornada. No se producía la fusión toro-torero, por mu-

¿Va Vd. a Bruselas?

Venga con nosotros. Hemos aumentado considerablemente nuestra frecuencia de vuelos:

Desde Madrid - Diarios a las 15,15
Desde Barcelona - Diarios a las 19,05
Desde Málaga - 4 vuelos semanales, a las 14,40

(en vigor desde el 1 de abril)

Si piensa Vd. salir para Bruselas, nos está leyendo en el momento oportuno: nuestros vuelos a Bruselas son ya diarios. Si desea conocer una de las ciudades más fascinantes de Europa venga también a Bruselas. Le esperan siglos de tradición histórico-artística, inmortalizados en el milagro gótico y en el pincel de Rubens. En Bruselas hallará también el más sugestivo ambiente turístico: restaurantes típicos donde degustar las delicias de la gastronomía belga; atractivas tiendas donde efectuar originales compras. Y un alegre «Brussels by night».

En el aspecto económico, y como sede del Mercado Común y de numerosos organismos internacionales, Bruselas abre al hombre de negocios las puertas de nuevos e interesantes mercados.

Venga con SABENA a Bruselas. Como belgas, somos los más indicados para llevarle. Muchos de nuestros pilotos son, de hecho, bruseleses. Nadie como ellos para conocer la ruta del regreso a casa.

(Si proyecta Vd. seguir viaje desde Bruselas, SABENA le ofrece también frecuentes y rápidos enlaces con todo el mundo.)

Consulte a su Agencia de viajes o a las Oficinas de Sabena:

MADRID: Av. José Antonio, 88 - Tel. 241 89 05 • BARCELONA: Paseo de Gracia, 78 - Tel. 215 47 32 • MÁLAGA: Pje. José Pizarro, 6 (TORREMOLINOS) - Tel. 38 68 66.

GO BELGIAN



TRES MIL TOROS VAN A MORIR

cho que el matador le citaba a pitón contrario, obligándole mucho y llevando el pase muy medido. Pero los olés ponían a la danza una jubilosa banda sonora, porque los pases eran esculturalmente perfectos, producían el espejismo del verdadero toreo, como cuando el toro está dominado.

Una segunda serie con la izquierda hizo que el encuentro fuera más auténtico, y la ovación sonó furibunda. Estábamos dentro. El toreo había llegado. Descubríamos, en medio de la emoción, el éxtasis dinámico que es el toreo. Tres naturales más con la izquierda, que el toro tomó protestando, mantuvieron el clima, porque tuvieron mucho peligro. A partir de ese momento el torero se sintió bien en la cuerda floja del riesgo. Jugó con el toro y empezó a gustarse. Los adornos brotaban como comentarios alborozados al toreo grande, en el que el torero se había jugado elegantemente el físico, y aquello era una danza que se inventaba con toda la espontaneidad que provoca la embestida de un toro. La pasión dionisiaca de los espectadores —habían quebrado su individuación y constituían un coro orgiástico, poseído por el toreo— contagió al autocontrol del artista. Fue entonces cuando Bienvenida inició el molinete más trágico del toreo. En el colmo de lo sutil quiso darle y no darle; lo insinuó. Iba a ser como la rúbrica más exquisita, pero la muleta apenas se movió y reveló que el torero, en comunión con el público, había perdido la medida, estaba danzando, se había olvidado de su anterior disección de ajedrecista. El toro le lanzó por los aires y en el suelo le cornéó ferozmente. De golpe, todo el universo alucinado del toreo se desvaneció. Era como si toda la corrida se hubiera estado reflejando en un espejo y una piedra rompiera la superficie de cristal. En el ruedo, el caos se adueñó de la lidia. Los hermanos del diestro se lanzaron a la arena y todo era un revoltijo de capotes, agitados sin sentido, mientras que el toro quedaba clavado en la arena, como rey supremo de la acción. Aquel toro era el dios del caos, porque el toro es, frente al hombre, la posibilidad de cogida, el peligro atacando, la muerte en potencia.

Una colectiva sensación de derrota se había adueñado del público cuando Bienvenida, ensangrentado, se incorporaba. La plaza vio entonces al Bienvenida real, un hombre de cincuenta años, co-

sido a cornadas, un ser que nada tiene que ver con Bienvenida transformado por la mágica plástica de su toreo. En medio de un silencio amargo ordenó que se fuera la gente, y muy despacio, con una serenidad alucinada, de predestinado, volvió al toro. Entonces sucedieron los cinco naturales más largos, más hondos, más nostálgicos, más embriagadores del toreo. Entonces se llegó al final del laberinto, se restauró, se reinventó la danza del Minotauro. Como si el toro hubiera perdido la voluntad, por una fuerza irracional que imantara su embestida a la muleta, el toro se contradujo, dejó de ser el mismo toro y pasó una y otra vez como una espiral embriagadora cifándose al cuerpo del torero. La estocada tumbó al toro. Y el público se desbordó en la orgía estética más embriagadora. La fiesta del toreo era eso, ver cómo un hombre es capaz de crear un lenguaje, jugando con el peligro, para después matar a la muerte. Nos dimos cuenta que el toreo no es un sacrificio, ni nada tiene que ver con la necrofilia. Torear es matar a la muerte, soñar, por unos instantes, la inmortalidad, ver morir al toro, que es la muerte, vencido por el hombre: Teseo mata al caos encarnado en los horrores cometidos por el Minotauro.

Este año, una vez más, tres mil toros saldrán a la plaza, y en cada uno de ellos, el torero y el público intentarán descubrir el toro primordial, el toreo soñado. Han pasado más de tres mil años de que Guilgamesh, el héroe sumerio, mató el toro celestial, señor de la fertilidad que, en venganza, le envió Istar, la diosa del amor. Al darle muerte, Guilgamesh descubrió que el hombre está hecho de barro, se le reveló su condición mortal. Su odisea le llevó hasta el final del mar, en la tierra donde habitaba Uta Natispún, el Noé sumerio —¿la Península Ibérica?—, que era el único hombre inmortal, con la quimérica ilusión de que le confiara su secreto. Ahora, el juego de los toros nada tiene que ver con la trágica condición de Guilgamesh. Las corridas son una tragedia a la inversa y un festival platónico. El público ve fracasar el destino en cada toro, y descubre en un atisbo, en un lance, en una faena, el arquetipo eterno, el toreo ideal que, algunas veces, baja al ruedo.

El toro de 1974 está en la plaza. Como dicen los taurinos, «Que Dios reparta suerte». ■ J. C. A.